



Cayó la Breva



por Francisco
Lozano
Díaz-Portales

Hay cosas que no entiendo, por más vueltas que les doy. Incluso, prefiero no entenderlas, si es que «son» como quieren hacérmelas ver, o sea: como han deseado, porque justamente les ha convenido, que así sean. En esos momentos me planteo, por disciplina y por método, no confundir el qué de las cosas, lo que es, del para qué, lo que debe ser. No perder de vista que una cosa es la realidad tal y como se da (por las circunstancias que sean) y otra bien distinta es lo que debería ser (por los principios, razones o ideales que nos muevan a que así sea). Y, sin querer, convergemos necesariamente en un tema del que con harta frecuencia nos quejamos: la crisis que vivimos de los valores. El valor se mueve entre la tensión de lo que se da y a lo que se aspira, entre la escala que establecemos de los bienes y la que nos dan, y entre la clarificación de lo que fundamenta nuestra actuación y la de los que nos rodean. Entonces descubrimos si es el egoísmo, la insolidaridad, el afán de protagonismo o el deseo de una sociedad más justa, lo que mueve nuestras acciones o impulsa externamente las actuaciones.

No entiendo cómo todas las asociaciones culturales de Manzanares, al unísono y sin el menor atisbo crítico (histórico, estético, artístico, plástico o ético), han agachado la cerviz, han decidido apadrinar el «Gran Teatro», incluso, han competido por ocupar los primeros puestos de la «puesta en escena». O es que cuando a uno le dan el más trivial protagonismo, la perspectiva cambia hasta el extremo de ver blanco lo negro y negro lo que hasta entonces era blanco. ¿O tal vez la ocasión ha servido de contexto para que una vez más se haga escena el «Gran Teatro del mundo», que somos, a decir de Calderón?

No puedo entender cómo una obra que ha sido calificada de incongruencia estética, pastiche arquitectónico, marioneta colgada, emblema de añoranzas, subterfugio para mantener el poder, invasión de plaza pública, estafa de apariencia, nostalgia del pasado... de golpe y porrazo, sin la menor sombra de duda, se convierta en el punto neurálgico de toda la actividad artística y cultural de Manzanares.

No nos extraña que después digan: «vendieron la olla y comieron de ella». La historia no olvida, pasa siempre factura de lo acontecido. Por eso el mayor peligro no es colaborar a llenar la jaula, sino tirar por tierra los principios, haciendo realidad aquel dicho de Segismundo: «en siendo a mi gusto, ya todo me parece justo». Después seguiremos quejándonos de la crisis de valores, pero no nos quejaremos de ser los causantes de la crisis y atropello con nuestros comportamientos acomodaticios y egoístas. Nadie quiere sus consecuencias, pero son inevitables, si defendemos de hecho una vida sin principios, o unos principios acomodados a las propias conveniencias.

Como no entenderé jamás de los jamases cómo cientos y cientos

de horas enarbolando la bandera de la libertad claudican ante un vulgar plato de lentejas. O la bandera era un simple pretexto o la libertad era demasiado poco creíble. Pero recuerden que la experiencia nos dice que al final o doblan el espinazo hasta dar con las olfateras en el suelo, o el puntapié hace caer de bruces al que ose salir por peteneras.

Y no vale eso de «Las cosas son así, ya está hecho, ¿qué le vamos a hacer?...» Admitir eso equivale no sólo a que las cosas sigan estando como están, sino a justificar los «hechos consumados», a legitimar «a posteriori» todo lo que pueda hacerse (sea bueno o malo) por la única razón de estar hecho.

Aún reconociendo la necesidad cultural de un teatro no quedan justificados la frivolidad en el gasto público, su ubicación, su tratamiento, ni el atropello a las generaciones jóvenes.

La breva ha caído ¿quién irá detrás de ella?

